

ÚRSULA DE LAS ALMAS OLVIDADAS

Nadie visitaba desde hacía años el cementerio viejo, tan solo Úrsula dejaba arrastrar su encorvado cuerpo entre las silenciosas tumbas, oculta del mundo tras los altos cipreses que custodiaban un mundo oculto.

Los viejos muros contruidos en oscura piedra y una puerta de forja oxidada escondían cuarenta tumbas olvidadas. Desde que construyeron el nuevo cementerio junto a la iglesia la gente se había olvidado de aquel lugar y el camino para acceder había sido devorado por la maleza.

En sus visitas, Úrsula nunca se encontraba con nadie. En invierno era un lugar frío y desolado y en verano las piedras vomitaban el calor guardado con un aliento seco que tornaba el aire irrespirable, que a ella parecía no importarle.

Para llegar la anciana atravesaba un sendero invisible a los ojos, apenas cuatrocientos metros cubiertos por una densa vegetación que Úrsula despejaba cada día ayudada por su bastón y que al día siguiente resurgía cubriendo de nuevo el camino, escondiéndolo del mundo.

Úrsula era una mujer de manos ásperas y espalda ancha, con el cabello ralo recogido en un moño de hilos plateados. Su cara, surcada de arrugas, mostraba unos ojos vivos y despiertos. Pronto cumpliría ochenta años. Una larga vida sin nadie que la esperase, sin familia, marido o hijos que la quisieran y la cuidasen.

En el pueblo se la veía siempre sola, barriendo el corral de su casa, regando las hortensias o cargando madera para llenar la leñera. Era fuerte y tenía salud, no necesitaba una ayuda que nadie le ofrecía.

El tiempo la volvió callada y reservada con los vecinos. En casa hablaba sola. No recordaba cuando había comenzado a hacerlo, quizá cuando los días se le hacían demasiado largos y solitarios y una voz, aunque fuese la suya, resultaba reconfortante.

Regresó al pueblo cuando sus padres murieron y se quedó a vivir en la casa que heredó. No le contó a nadie su complicada vida en Madrid ni nadie le preguntó por ella.

Trabajó en todo lo que la ofrecieron. Cosió ropa para la tienda, limpió la parroquia, cocinó en el bar... acompañada de su eterno silencio. Necesitaba dinero para vivir y el trabajo la mantenía ocupada alejando la soledad que siempre la acechaba.

Era normal verla pasear por las tardes camino del cementerio viejo. Le gustaba visitar a sus padres, ellos fueron los últimos vecinos enterrados allí y rezarles la reconfortaba.

Lo que empezó siendo un pequeño paseo diario se convirtió en una obligación y luego en una necesidad. A su lado, siempre fiel, un pequeño perro tan silencioso y solitario como ella se abría camino entre los jaros y la maleza.

Todas las tardes empujaba la pesada verja que a su paso emitía un lastimero y lento chirriar a modo de saludo. Paseaba por las anchas calles observando las lápidas y quitando los hierbajos que se aventuraban a tapar los nombres de los que ya no estaban.

Lo que más le gustaba a Úrsula era la paz que se respiraba de aquel santo lugar.

Cuidaba las tumbas con la misma intensidad y devoción que limpiaba su hogar. En poco tiempo el cementerio cambió. No dejaba crecer una mala hierba ni permitía que la suciedad se instalase en las lápidas. No faltaban flores frescas que Úrsula recogía durante el paseo haciendo pequeños ramilletes que repartía cuidadosamente.

Lo que más le atraía eran las tumbas que no tenían nombre, las mudas, las olvidadas... Eran las más viejas, con la piedra hundida y rota, cubiertas de musgo, con los nombres y fechas borrados por el paso del tiempo. Montículos de tierra con cruces de madera huecas y podridas por la lluvia, bajo las que descansaba alguna persona que ya nadie recordaba. Las miraba con lástima y compasión sabiendo que sus historias se habían borrado junto con sus nombres.

Con el tiempo llegó a conocer cada tumba como a sí misma y casi sin darse cuenta empezó a poner nombres a los que hacía tiempo lo habían perdido y les regaló una historia que poder contar.

La pequeña lápida junto a la entrada fue la primera. Imaginaba que contenía los restos de un precioso niño que murió de neumonía después de bañarse en el río una tarde de junio de mil novecientos cincuenta y cinco. La limpió con cuidado colocando un

pequeño rosario de palo de rosa encima de la piedra. Con letra infantil trazó su nombre - MANUEL TERRAN- y rezó una oración por su alma, prometiéndole volver cada día.

Una lápida agrietada y resquebrajada junto al pozo seco fue la siguiente. Una letra “T” valiente sobrevivía solitaria en el trozo de piedra más grande. TOMAS VALIENTE fue el nombre que le puso Úrsula. Creyó escuchar el sonido del mar el día que la estaba arreglando e imaginó que allí descansaba un joven marinero que había surcado mares infinitos para hacer fortuna y que sin lograrlo regresó al pueblo y murió de pena, añorando el murmullo del mar y la brisa salada. Úrsula le hizo un pequeño altar con arena y piedras del río tallando bajo su nombre unas ondas para que le acompañasen en su gran viaje.

La pequeña cruz de madera, torcida y seca, que encontró junto a la capilla en un montículo cubierto de hierba y flores silvestres, era la tumba de MARGARITA ESPENAN. Una joven que bordaba pañuelos y manteles sentada en el patio de su casa esperando que pasase el amor de su vida y sintiendo que lo único que pasaba era la propia vida. A pesar de todo fue feliz y alguna tarde creía escuchar su dulce voz y su risa dicharachera. Úrsula le tejó una guirnalda de bonitas flores con las que cubrió la cruz. Era su favorita, quizá porque creía ver en aquella historia la suya propia aunque Margarita murió joven, aquejada de un mal que ningún doctor supo diagnosticar. Con ella tenía largas conversaciones sobre la vida, la soledad y el amor verdadero.

Encontró una tumba más solemne que las anteriores cubierta de maleza y zarzas. Pertenecía a DON ALVARO MANRIQUE. Fue alcalde, en los años en los que el pueblo prosperó. Con la vejez perdió la cabeza convirtiéndose en un anciano que contaba historias imposibles a cuantos pasaban por su puerta y fumaba tabaco de liar mirando con ojos perdidos al horizonte.

Perdida junto al muro norte estaba una tumba con nombre. Era ISMAEL BELTRÁN. Úrsula le recordaba bien. Ella misma asistió a su entierro y le lloró con gran pena. Ismael era un músico ambulante que tocaba cada año en las fiestas. A Úrsula le gustó nada más verle y durante varios veranos compartió con él charlas y confesiones, sentados junto a

la ribera del río. Cuando se marchaba la joven contaba los días que faltaban para volverle a ver. Un agosto, con veinticuatro años, murió ahogado en el río y al no reclamar nadie su cuerpo fue enterrado en el cementerio viejo poniendo junto a su lapida su nombre y una pequeña clave de sol. Úrsula no le olvidó jamás.

Así, poco a poco, el cementerio se fue llenando de personajes invisibles. Les oía hablar en curiosas conversaciones y sabía que algunas veces esperaban su opinión y siempre la escuchaban. Cuando sentía el silencio era Úrsula la que buscaba conversación. Les contaba que pronto estaría con ellos, siempre pensó que quería irse en plenitud de facultades, sin ser una carga para nadie... Sabía que lo haría sin miedo porque en ese cementerio viejo y olvidado había encontrado la felicidad. Algunas veces no contestaban pero sentía un crujir de pasos invisibles o un roce cariñoso en su mejilla.

En el pueblo la consideraban rara, muchos pensaban que había perdido la cabeza. La llamaban “la loca de los muertos” pero Úrsula hacía oídos sordos a los comentarios. Evadirse de la gente le resultaba tan fácil como respirar. En la locura y la soledad encontró la compañía que necesitaba.

El otoño en que cumplió ochenta y ocho años, Úrsula dejó de acudir al cementerio. Llevaba una semana sin salir apenas a la calle, se encontraba cansada y apenas podía respirar. No quiso llamar a nadie. Sabía que había llegado su momento y anhelaba partir.

Al amanecer la encontraron sentada en el corral de la casa, con los ojos cerrados y el rostro sereno, esperando... En su mano asomaba un papel escrito con letra clara:

-Cuando llegue mi hora, llevadme al viejo cementerio y enterradme junto al ciprés, en el muro norte. Úrsula Martín.

Quería descansar junto a Ismael, llevaba tiempo soñando en continuar la conversación que no pudieron finalizar. No quiso lápida ni inscripción. No tenía a nadie que le rezase...

A su entierro fueron el cura, el enterrador y tres vecinas cercanas. La metieron en la tierra seca y dura y pronto todos se olvidaron de ella. En primavera la tumba apareció cubierta con un manto de lirios silvestres y alguien había colocado una cruz de madera con su nombre grabado:

-URSULA DE LAS ALMAS OLVIDADAS-